

Último Domingo de Epifanía

Las lecturas de hoy hablan de la transfiguración del Señor. Tanto “epifanía” como “transfiguración” son palabras que significan una revelación de Dios. Dios se manifiesta de una manera fascinante y extraordinaria. Es un momento de temblar y de alegría al mismo tiempo. De temblor porque es Dios mismo quien se coloca ante nosotros, indignos siervos suyos, y de alegría porque es el Padre amoroso quien se hace presente en nuestras vidas.

La Transfiguración y la Epifanía forman parte de los misterios teológicamente conocidos como “teofanías divinas” o “manifestaciones de Dios”. Las lecturas nos presentan a Dios comunicándose de una manera sencilla y maravillosa. Maravillosa porque es Dios, en su radiante gloria y esplendor, quien revela su poder y majestad; sencilla, porque es a nosotros seres humanos, producto de su creación, a quienes quiere manifestarse.

Ya en el Antiguo Testamento, Dios, en su infinito amor por los seres humanos, traza su plan salvífico y se lo presenta a seres humanos que serán sus mensajeros. El primero fue Abrahán cuando ya tenía noventa y nueve años. Su misión: establecer el pueblo elegido. “Se le apareció el Señor y le dijo: camina en mi presencia y sé perfecto” (Gn 17,1). Más tarde se le apareció a Moisés para encargarle el liderazgo de su pueblo escogido. Sin embargo, Dios aún no le ha permitido a nadie contemplarle en su gloria. “Moisés dijo al Señor: enséñame tu

gloria. Le contestó: Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre “Señor” ...pero mi rostro no lo puedes ver” (Ex 33,18-21).

Algo de lo que Moisés no tuvo la oportunidad de contemplar es lo que Dios quiere mostrarnos hoy: su propia cara y su gloria. El texto seleccionado del evangelio de Lucas lo deja ver: “Mientras oraba, cambió de aspecto su rostro y sus vestidos resplandecían de blancura. Dos hombres hablaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron gloriosos” (Lc 9,28-31).

La Transfiguración, es un cambio, una metamorfosis. En esta ocasión, Jesús cambió su apariencia humana para ofrecer a los discípulos un anticipo de su gloria y resplandor. En ese resplandor y majestad lo podremos ver, cara a cara, cuando él mismo nos lleve a la casa celestial para vivir en Gloria eternamente.

Algunos de los detalles de la transfiguración del Señor, son particular del evangelio de Lucas y no se encuentran ni en Marcos ni en Mateo. Mientras que en Marcos lo peculiar es la revelación del Mesías escondido como la consumación de la ley y los profetas, y para Mateo es la manifestación del Nuevo Moisés, en Lucas la transfiguración es también para Jesús, una experiencia personal. En el contexto de una profunda oración, Jesús ve el paso que va a completar en Jerusalén.

Recordemos que Jesús recibió una comunicación divina al empezar su ministerio (Lc 3,21).

Ahora, en la transfiguración recibe otra comunicación divina, pues está empezando una nueva etapa de su misión: la pasión. Jesucristo lleva ya dos años predicando pero no encuentra en Israel ninguna esperanza de que cambie y supere la violencia que lo está llevando a la ruina.

Ya que ni siquiera los milagros logran convencer a sus compatriotas, a Jesús sólo le queda enfrentarse con las fuerzas del mal; su sacrificio será más eficaz que sus palabras para encender el amor y el espíritu en todos los que en adelante continuarán su obra salvadora.

Nuestro Señor, una vez más se transforma para nuestro bien. Es Dios mismo quien se manifiesta y se hace presente en esta santa celebración de la Eucaristía. Las lecturas del Éxodo y de Lucas nos dicen que el rostro de Moisés y la figura de Jesús experimentaron una metamorfosis. Ahora tenemos la oportunidad para pedirle a nuestro Padre del cielo que nos ayude a completar nuestra propia metamorfosis y así podremos transformarnos en verdaderos hijos e hijas suyos.

Cómo sería posible eso? Hay una tradición muy antigua entre los Judíos No es cuestión de ser perfecto por todo el resto de nuestras vidas. Ni es cuestión de tener una experiencia religiosa, y después tener todas las respuestas a los problemas de la vida. Es cuestión de vivir cada momento con amor, ofreciendo nuestra vida con toda sus confusiones y con todo su miedo, con confianza de que sea qué sea que estamos ofreciendo no una vida si confusiones sino la vida que nos enfrenta en cada momento,--- Esta vida nuestra, a Dios--

Misa de San Juan
Ultimo domingo de la epifania—la transfiguracion
14 de febrero 2010—Año C

No es cuestión de ser perfecto. El asunto reside en esta pregunta: ¿En cuál camino estamos viviendo? ¿O en el de Dios por JC, o en el de nuestro egoismo? Si le ofrecemos nuestra vida a Dios, caminaremos con JC a Dios. ¡Aquí he la vida de la trasfiguración!